

Rampur, 1995

Si su alma hubiese estado tan impecable como su césped no habría muerto aquel año. Se parecía al viejo Lloyds, que durante años fue el único cortacésped eléctrico en muchas leguas a la redonda. Si todavía funcionaba era gracias a su marca, no al cariño que le dispensaban.

La máquina zumbaba suavemente mientras Charlotte la empujaba hacia delante. El cielo empezó a teñirse en el horizonte y el cable llegó a su fin. Le dio la vuelta al Lloyds con brusquedad y enfiló de nuevo hacia la casa. Ahora le resultaba mucho más fatigoso porque era cuesta arriba y debía tener cuidado de no atropellar el cable. Llegó sin resuello. Una vez más había acabado a tiempo. A lo lejos oyó cómo el autobús arrancaba para el primer trayecto del día; en una de las casas de abajo, junto a la carretera, se encendió una luz; los grillos habían enmudecido y los pájaros dormían aún. Lentamente la India despertaba.

Charlotte condujo el Lloyds hasta el cobertizo y empezó a recoger el largo cable compuesto por un sinfín de alargadores. Siempre que iba a Nueva Delhi, su jardinero le pedía que le trajese un nuevo alargador para poder alcanzar un tramo más de la colina. Hasta hacía seis meses, cuando una mañana ya no se despertó.

Charlotte sintió envidia de la plácida muerte del mali*. Como ahora, aún estaba oscuro cuando fueron a avisarla. En la pared del fondo del cobertizo, al lado del viejo Lloyds, había un sencillo

* Los asteriscos que acompañan a algunas palabras remiten al glosario del final del libro. (*N. del E.*)

camastro hecho de cuerdas y un armazón de madera. El anciano yacía cubierto con una larga camisa blanca, las manos entrelazadas sobre el pecho y los pies ligeramente separados; las costillas se le marcaban a través de la fina tela y tenía los ojos cerrados. Se hubiera dicho que estaba rezando. «Tu dios es mejor que el mío», le susurró Charlotte.

Después del desayuno, tres sobrinos del mali a los que Charlotte no había visto nunca, fueron a recoger el cuerpo. Seguía sin comprender cómo las noticias podían propagarse con tanta rapidez. Los hombres envolvieron el cadáver en una tela y lo cargaron en unas angarillas de bambú. Lieron todas sus posesiones terrenas en un hatillo y las metieron dentro de una bolsa. Los parientes del mali partieron con el cuerpo bamboleándose sobre los hombros, después de que Charlotte les hubiese dado el dinero para la incineración. Al cabo de una semana, intentó vender el camastro, pero no halló a nadie dispuesto a pagar por aquel armatoste de madera en el que había muerto el mali.

Volvió a dejar el montón de cables encima de la cama desvencijada. Era la hora del té, antes de que el sol abrasara de nuevo la tierra y sólo el cuco quisiera cantar. En la cocina, una edificación que se hallaba a unos veinte metros de la casa principal, se encendió la luz. Charlotte subió apresuradamente la monumental escalera y entró de nuevo en su dormitorio. No quería que Hema la viese con su viejo pantalón de faena.

Hema, el mayordomo, se llamaba en realidad Hemavatinandan, pero ella era incapaz de recordar ese nombre y por eso llevaba ya veintinueve años llamándolo Hema, que en realidad era nombre de mujer, aunque eso no lo sabía Charlotte, cuyo nombre completo, por otra parte, era Charlotte Elizabeth. Tampoco sabía que Hema aguardaba en la cocina hasta que ella hubiese acabado de cortar el césped y recoger la máquina para encender la luz. Hacía todos los preparativos a oscuras, pues sabía que tan pronto como Charlotte hubiese regresado a su habitación, llamaría al timbre para pedir el té.

Se quitó las chancletas y los pantalones, aún llevaba puesta la camisa de dormir de algodón, y con un suspiro se deslizó bajo la mosquitera hasta la cama. Las ventanas y los postigos del dormitorio estaban abiertos de par en par y las sábanas se notaban

frescas por fin. Un cuarto de hora más y el sol implacable y lacerante irrumpiría en el día. Un día que, como todos los martes, Charlotte empezaba con desgana, más aún durante los meses de calor. Tiró del cordón que había junto a la cama. Fuera el cielo se había teñido de rosa, los pájaros trinaban bajo la ventana y una sutil brisa matutina llevaba hasta la estancia los últimos soplos de aire nocturno. Se desperezó y aguardó el té.

En la cocina sonó el timbre. Hema se secó el sudor de la frente y tumbó la bombona de gas. El fuego ya se había apagado dos veces debajo del hervidor y no tenía ninguna bombona de reserva en la casa. Había intentado encender la lumbre en el viejo hogar del rincón, pero no había forma de que prendiera. Se dirigió al cobertizo con paso rápido; de debajo de la cama sacó el abollado infiernillo que solía utilizar el jardinero y se lo llevó a la cocina. Hacía años que la mayoría de hogares ingleses disponían de cocinas eléctricas, pero Charlotte le había dicho que no le gustaba el sabor de la comida preparada en esas cocinas modernas. Hema no comprendía cómo podía notar la diferencia.

Dejó la bandeja con el té al lado de la cama y le sirvió una taza.

—¿No has oído el timbre?

—Lo lamento, Charlotte memsahib* —se disculpó Hema con una inclinación de cabeza—. La bombona de gas está vacía y no hay nueva bombona.

—Pero todavía te queda carbón, ¿no?

Hema asintió mientras cerraba los postigos.

—El viejo bobajee* siempre cocinaba con carbón —se oyó desde la cama.

El viejo cocinero jamás encendía el fuego él mismo, siempre le pedía ayuda al jardinero, pero eso era algo que Charlotte tampoco sabía. Tomó un sorbo de té y sonrió.

—Por suerte tu té está mucho más rico que el del viejo bobajee.

Hema echó las cortinas y la estancia se sumió de nuevo en la penumbra. Se oyó un chasquido, una bombilla se encendió y el ventilador del techo empezó a dar vueltas. Charlotte miró la espalda del hombre que se acercaba de nuevo a las cortinas.

—¿*Ma'am*? —dijo Hema mientras las alisaba.

—¿Sí?

—¿Puedo comprar otra bombona de gas?

—¿Por qué no usas los carbones?

Hema agachó aún más la cabeza.

—Sí, *ma'am*, pero tengo mucho trabajo.

—Ya lo sé, Hema; sin embargo, me gustaría que gastaras primero el carbón antes de comprar una bombona nueva.

El anciano se encaminó a la puerta con los pies descalzos y la cabeza gacha.

—Claro, Charlotte memsahib, claro.

Charlotte cerró los ojos. El primer calor de la mañana se colaba en la estancia por las rendijas de los postigos. Oyó que Hema abría la puerta del baño y dejaba correr el agua de la bañera.

—No te olvides de cerrar las ventanas del cuarto de los niños —le gritó.

En el rellano el reloj sonó seis veces; en el desván una paloma buscaba alguna abertura por la que colarse, y Hema cogió la llave que colgaba de un clavo junto a la puerta del cuarto de los niños. Todos intentaban aprovechar al máximo aquellas primeras horas del día antes de que hiciese demasiado calor y nadie quisiera moverse. Charlotte abrió los ojos y vio que tenía briznas de hierba pegadas en los pies. Esperaba que Hema no se hubiera dado cuenta. Había muchas cosas que Charlotte no sabía, pero si de algo estaba segura, era de que Hema seguía teniendo una vista excelente. Sacó la mano por debajo de la mosquitera y la deslizó hasta la mesilla de noche. Abrió el cajón y buscó a tientas entre los frascos de medicamentos, los pañuelos y otros cachivaches hasta dar con la cajita que había en una esquina. Era una caja pequeña de madera que en otro tiempo debió de ser azul cielo, pero que ahora se veía desvaída y descascarillada. Charlotte la asió y la atrajo hacia sí por debajo de la mosquitera. Titubeó y por un momento pareció como si fuese a devolverla a su sitio, pero de pronto la abrió. En el interior había un cigarrillo y un encendedor. Se le dilataron las aletas de la nariz y se pasó la punta de la lengua por el labio superior. Los ruidos de la casa se apagaron,

fuera los pájaros interrumpieron su canto matutino. Charlotte se llevó el cigarrillo a la boca y apretó el encendedor. Lo acercó lentamente al extremo, pero justo antes de que el tabaco prendiese apagó la llama. Le dio una profunda calada al cigarrillo no encendido y se abandonó al placer mientras se llenaba los pulmones del aire que expelió a continuación, formando imaginarias nubes de humo. Se relajó y echó la ceniza en un cenicero ficticio que tenía junto a la cama. Volvió a inhalar más intensamente que antes. Frunció los labios y dejó escapar el aire muy despacio. El día había empezado.

Charlotte se lanzó cuesta abajo montada en su vieja Raleigh. La falda y el cabello se agitaban al viento y la arena se arremolinaba a su paso a causa de la velocidad. Abajo, junto al camino que enlazaba con la carretera, había una herrumbrosa señal de tráfico, pero ya nadie sabía que se trataba de un ceda el paso. Tomó el cruce sin mirar. Un conductor que en aquellos momentos salía de la curva con su camión lleno de sandías soltó una imprecación que ella no llegó a oír, porque para entonces ya estaba a la altura del puesto de verduras donde un hombre con las piernas arqueadas iba apilando mandarinas en una alta montaña. Levantó la mano hacia Charlotte y ella devolvió el saludo al hombre que tanta maña se daba arreglando pinchazos. La bicicleta redujo la velocidad, no porque ella quisiera sino porque la pendiente de la colina había dejado paso a un llano que conducía hasta la ciudad. Su frente se llenó de gotas de sudor, sintió que la falda se le adhería a las piernas y la respiración se le aceleraba. El polvo confería un tono grisáceo al aire y se le incrustaba en la piel. Le dolían las rodillas y maldijo el cacharro en el que iba montada. Un coche tocó el claxon. Charlotte se giró, extenuada. Detrás del chófer estaba la esposa de Nikhil Nair, vestida de rosa como de costumbre. La mujer la saludó y también movió los labios, pero Charlotte no entendió lo que decía; a nadie se le pasaba por la cabeza bajar la ventanilla de un coche con aire acondicionado si no era estrictamente necesario. Charlotte levantó la mano del manillar para devolverle el saludo. Por un momento albergó la esperanza de que la esposa del director de distrito de la Eastern Indian Mining Company se ofreciera a

llevarla en su coche, pero pasó de largo y ella se tragó el humo del tubo de escape que el vehículo dejaba tras de sí.

Si tres semanas antes Charlotte no hubiese padecido molestias estomacales, no se habría perdido la conferencia de un profesor de Calcuta en la reunión que organizaban en el club todos los martes por la mañana. El profesor había hablado a las señoras de la importancia del ejercicio físico para combatir la celulitis. «¡Ajá!, ahora entiendo lo de la bicicleta», había exclamado una de las mujeres y las demás habían asentido. Ninguna de ellas comprendía por qué Charlotte, que durante años se había desplazado a todas partes en coche, había vendido de pronto el Vauxhall y ahora sólo montaba en bicicleta. El coche se perdió en la lejanía. Charlotte no sabía de qué marca era, pero saltaba a la vista que era nuevo, grande y caro. Lo que sí se le escapaba era el motivo por el cual Nikhil Nair quería comprarle su reloj de péndola, el gran reloj de pie que desde su infancia había estado en el rellano de su casa, y que su abuelo había cargado sobre un tándem y llevado consigo por el Paso Khyber con su esposa caminando detrás. Volvió a oír la insistente bocina de otro coche; en esa ocasión no era ninguna de sus compañeras del club sino el conductor del camión de sandías. Charlotte miró el reloj que había en la fachada de una tienda, faltaban diez minutos para que empezase la reunión. Aquel día el invitado era un médico especialista en uñas. Charlotte había tomado poca leche de pequeña y estaba convencida de que ésa era la causa de sus uñas quebradizas. Especialmente para la ocasión, se las había pulido con esmero y pintado de rojo vivo, el único color que le quedaba, pues, sin duda, las señoras del club se inspeccionarían las manos con particular atención.

Una vaca se cruzó inesperadamente en el camino. Logró esquivarla por los pelos y el animal salió trotando hacia un carro de madera apostado a un lado de la carretera que contenía un enorme barril metálico. La vaca se puso a golpear el barril con los cuernos; un niño que estaba en el bordillo le gritó algo, se abocó sobre el barril y salió con un cubo de agua que vació sobre la cabeza del animal. La vaca abrió la boca y bebió el agua con avidez. Charlotte oyó a lo lejos un sonido estridente que iba en aumento. Siempre que oía la sirena de un coche de bomberos el corazón le daba un vuelco. Murmuró deprisa una breve

oración para que no fuese un fuego grande y no hubiese víctimas que lamentar, sobre todo entre los bomberos. La sirena se fue apagando sin que ella hubiese llegado a ver el vehículo rojo. Mejor así, pensó. El chiquillo sacó del barril un segundo cubo de agua y lo vertió directamente en la boca de la vaca. Charlotte también estaba sedienta, en el club habría jarras de agua fresca y té y café.

Pasó por debajo del pórtico. El guardia dormitaba a la sombra de la garita, en la mano sostenía una botella de coca-cola vacía y bajo un parasol azul y blanco estaba echado el perro del secretario, jadeando al lado del bebedero. El césped del New Rampur Club se veía agostado y amarillento y el riachuelo que atravesaba el terreno se había secado por completo. Los eucaliptos que flanqueaban el largo camino de entrada daban sombra y procuraban algo de frescor. Charlotte avistó el club, un edificio construido al estilo clásico de las casas de campo inglesas y bordeado de altos plátanos añosos. Oyó que se acercaba un coche a sus espaldas y se hizo a un lado. El Ambassador de 1963 de la viuda Singh la adelantó a toda velocidad con el viejo chófer al volante. Charlotte no levantó la mano porque la viuda Singh no saludaba jamás; estaba durmiendo. Siempre estaba durmiendo, ya fuese en el coche o en plena conferencia. En cuanto se quedaba quieta dos minutos, la cabeza se le caía hacia delante y empezaba a roncar débilmente. Charlotte agradeció la ráfaga de aire que el vehículo levantó al pasar.

El edificio del New Rampur Club necesitaba, como mínimo, una profunda renovación, algo que resultaba especialmente urgente en el caso de la biblioteca. Buena parte de los millares de volúmenes que albergaba estaban deteriorados a causa de unos pequeños escarabajos negros; también los ratones tenían su parte de culpa, y durante el monzón las abundantes goteras habían transformado los libros de los estantes superiores en una especie de masa de hojas compacta. Se respiraba una atmósfera húmeda y enrarecida.

El reverendo Das frecuentaba poco el club, pero en aquel instante entraba en la biblioteca con una pesada pila de libros. A los veinte años ya se había quedado calvo, quizá por eso volcó toda su vanidad en el bigote, que lucía tupido y teñido de negro. Dejó los libros encima de la mesa de lectura no sin antes apartar las revistas

del corazón. La puerta de la sala de mujeres estaba ligeramente entornada y oyó el parloteo de la reunión de los martes por la mañana, mientras las asistentes se presentaban al orador invitado. Cerró la puerta con sigilo, sin mirar siquiera, y la calma retornó a la biblioteca en penumbra.

El reverendo siguió exponiendo sus libros. En el techo, el ventilador daba vueltas a la máxima potencia y se oía el zumbido del único fluorescente que aún funcionaba. Cinco meses atrás, el club de señoras también lo invitó a él, pero prefería no acordarse de su ponencia sobre las buenas obras. Se había preparado a conciencia durante semanas, recopilando peticiones de caridad por toda la India católica que el día de la reunión llevó en una carpeta de plástico. Les habló a las señoras de la explotación infantil, la pobreza en las zonas rurales, los asesinatos rituales y los sacrificios de viudas, pero al final ellas decidieron destinar la donación anual del club a una monja apóstata de Calcuta que quería abrir un asilo para perros. El reverendo Das no comprendía cómo aquella petición había ido a parar entre las demás cartas. Estaba seguro de no haber visto antes la epístola plagada de faltas de ortografía, y sospechaba que alguna de las mujeres debía de habérsela metido subrepticamente en la carpeta en un momento de descuido.

Charlotte entró en la biblioteca sudorosa y polvorienta; había contado con poder asearse un poco en el vestuario de la pista de tenis, pero estaba ocupado, de modo que se había lavado la cara y las manos en el servicio de señoras, se había pasado un peine por el cabello y sacudido un poco el vestido. Se sorprendió al ver al reverendo Das junto a la mesa de las revistas del corazón; se rumoreaba que se había afiliado al club sólo para poder controlar mejor a los miembros de su comunidad, y al verlo tan furtivamente junto a la mesa, Charlotte dio crédito a las malas lenguas.

—Buenos días, señora Bridgewater. ¿Cómo está usted? —la saludó con voz tan estentórea como la que empleaba en su iglesia, mientras se decía para sus adentros que Charlotte estaba aún de buen ver para su edad.

—Bien, reverendo Das, un poco acalorada, pero bien, gracias. ¿Y usted? —Charlotte hizo amago de querer continuar, pero él la retuvo.

—¿Conoce este libro?

Le mostró un volumen titulado *El Señor, mi pastor también en la lluvia*.

—No, pero un poco de lluvia no nos vendría nada mal. Y de fresco.

Charlotte se situó justo debajo del ventilador.

—Es un libro excelente, acabo de terminarlo, debería usted leerlo —añadió bajando ligeramente el tono—. Cuenta los problemas de una familia de inmigrantes con su... bueno... su padre demente.

La última vez que Charlotte vio al reverendo con una pila de libros, él intentó recomendarle la historia de una mujer de vida alegre que había acabado de misionera en África. Ella le respondió entonces que sólo le gustaba la auténtica literatura y él le endilgó un sermón sobre la importancia de las lecturas edificantes y sólo la dejó marchar después de que le prometiese leer el libro. Así que Charlotte aceptó el ejemplar que le tendía.

—Muy interesante.

Le dio la vuelta y echó un rápido vistazo al texto de la contracubierta.

El reverendo observó sus uñas pintadas de rojo.

—¿Qué le pareció el otro libro?

—Excepcional. —El reverendo no tenía por qué saber que seguía sin leer en la pila que tenía en la sala de estar—. Y ahora, si me lo permite, iré a la conferencia de los martes, creo que ya debe de haber empezado —dijo, e hizo ademán de marcharse.

El reverendo asintió, pero no se apartó sino que apuntó con el dedo hacia la placa que había sobre la puerta.

—Su padre...

Charlotte alzó la mirada hacia la lista de nombres que figuraba en la pared. Su padre siempre se había sentido muy orgulloso de haber financiado la construcción de la biblioteca y ella se alegraba de que ya no pudiese ver el pésimo estado en el que se hallaba. El reverendo se acercó más a ella, Charlotte intentó retroceder, pero se topó con la mesa de las revistas del corazón.

—Señora Bridgewater... —dijo con un ligero jadeo—. Estoy recaudando fondos para la restauración de esta biblioteca. Supongo que sabe usted que aquí disponemos de una amplia colección de libros religiosos, ¿verdad? —Señaló los estantes superiores, atestados de volúmenes, la mayoría de los cuales jamás se habían

prestado—. He pensado que... sería maravilloso si usted... siguiendo una especie de tradición familiar... en reconocimiento a la labor iniciada por su padre... quisiera hacer un donativo.

El reverendo anterior fue a ver al mayor poco después del fallecimiento de Mathilda Bridgewater para proponerle la construcción de una biblioteca en memoria de su esposa. El militar permaneció tanto rato mirando fijamente al religioso que el hombre farfulló titubeante que una estantería también estaría bien. A Victor Bridgewater le pareció una idea excelente hacer algo relacionado con libros, pues su esposa había fallecido con *Lo que el viento se llevó* entre sus manos consumidas. El militar masculló que contribuiría a la construcción de la biblioteca con la condición de que los libros religiosos se guardasen en los estantes superiores. El reverendo accedió eufórico. Entonces no sabía aún que esos estantes estarían a tanta altura que nadie tendría acceso a su colección.

—Me lo pensaré —repuso Charlotte tras un momento de vacilación, y el reverendo la dejó continuar hasta la sala de las señoras.

Rampur, 1934

Abajo suena música. Charlotte está acucillada junto al gran reloj de pie, que suena nueve veces. En la caja de la escalera todas las velas de la enorme araña de cristal están encendidas. Los militares de la base británica local, vestidos con el uniforme de gala, van entrando en el vestíbulo de mármol; llevan del brazo a sus esposas, que lucen espléndidos vestidos de noche. Los sirvientes indios visten sus flamantes uniformes nuevos, chaqueta amarilla y pantalón azul marino con un ribete dorado. La puerta de uno de los baños se abre y una señora de cabellos rubios exquisitamente recogidos sale al rellano. Luce unos pendientes largos y lleva los labios

pintados de rojo oscuro. Sonríe a un militar con innumerables medallas prendidas al pecho que le ofrece el brazo y la conduce escaleras abajo. Charlotte oye la voz de su padre a su espalda y se apresura a regresar al cuarto de los niños. Cierra la puerta con sigilo. Tendida en el suelo, junto a su cama, está Sita, su ayah*, durmiendo sobre una esterilla. Se han pasado todo el día jugando, pero mientras le cantaba una nana a Charlotte la joven india se ha quedado dormida. La niña avanza de puntillas por la habitación. Las puertas del balcón están abiertas; se vuelve para mirar fugazmente por encima del hombro, pero Sita no la ha oído.

El camino de entrada está iluminado con antorchas y junto a uno de los laterales de la casa están aparcados los coches relucientes. En la escalinata que conduce a la puerta principal, apostados a un lado y a otro de la alfombra roja, hay hombres con casacas azules y gorras doradas. Sostienen plumas en alto por las que van desfilando los invitados y antes de traspasar el umbral dos sirvientes les arrojan pétalos de rosas a los pies. El dulce aroma asciende hasta el balcón. Charlotte desearía ser mayor.

Súbitamente vuelve a oír la voz de su padre. Se agazapa cuanto puede, pero comprende que procede del dormitorio de su madre, contiguo al cuarto de los niños. Charlotte se desliza hasta la ventana abierta y, asomándose por el alféizar, espía el interior de la alcoba amarilla. Su madre está sentada delante del tocador, lleva un vestido verde claro y una diadema dorada en el cabello; está pintándose los labios de rojo con un fino pincel.

—¿Estás lista, Mathilda?

Su padre se halla junto a la puerta, vestido de gala y con una medalla al pecho, y va golpeando la suela de las botas con el sable.

—Casi, Victor, casi —responde su madre con una sonrisa mientras retoca ligeramente la forma de su boca con el pincel—. ¿Te gusta el color?

—Es el mismo de los uniformes de los Guardias Irlandeses.

—Sí, rojo escarlata. Acércame los guantes negros.

—¿Éstos?

—No, Victor, los largos.

—Él se los tira.

—Mi caballero galante.

Se echa a reír mientras se enfunda los ceñidos guantes. Se levanta de la silla, va hasta su marido y le tiende la mano. Por un

momento parece como si él fuese a hacerle el saludo militar, pero la toma de la mano y la conduce fuera del dormitorio.

Charlotte espera hasta que sus padres ha salido de la estancia para colarse en el interior por la puerta abierta del balcón. Sólo ha estado una vez antes en la alcoba amarilla, un día de tormenta en el que Sita tuvo que quedarse a dormir con su familia. Su madre no se despertó y la niña se durmió, acurrucada contra aquel cuerpo cálido y desconocido, echando de menos los brazos de Sita.

Flota un aroma dulzón en la alcoba, encima del tocador hay decenas de frascos. Charlotte toma uno verde y lo destapa, se lo lleva a la nariz. Cierra los ojos y aspira el denso perfume. Huele a su madre cuando regresó de Nueva Delhi con su sombrero azul. Toma otro frasco, lo abre y reconoce el olor de su madre cuando va a la iglesia. El siguiente le evoca una fiesta al aire libre y el frasco rosa huele a su madre cuando va enojada. *No hay nada mejor en el mundo que ser una gran dama.*

De repente siente cómo la sacan del taburete con brusquedad. Ve a su padre a su lado en el espejo. No ha oído la puerta. La alza en vilo y la lleva hasta el gran ropero, lo abre y la mete dentro de un empujón, cierra la puerta y echa la llave. Charlotte oye cómo abren la puerta de la estancia y vuelven a cerrarla. Permanece en silencio entre los fragantes vestidos de su madre. Rompe a llorar: *Sita, por favor, despierta; ¡sácame de aquí! ¡Tengo miedo!*

Rampur, 1935

Debajo de la escalera hay una caja. Lleva semanas ahí. Nadie se atreve a tocarla, porque el mayor Bridgewater está ausente en una misión y el mismo día en que llegó Mathilda dio a luz a su primer hijo varón. Desde hace unos días vuelve a salir de su alcoba, pero todavía no ha dado instrucciones para que trasladen la caja.

El trasto de madera sigue en medio del vestíbulo, pero nadie se queja. Los primeros días los sirvientes lo miraban de refilón mientras subían por la escalera con pañales limpios y compresas calientes, sentían curiosidad por los sellos y timbres estampados en la tapa y estaban convencidos de que tenía algo que ver con el recién nacido, pero desde que Charlotte le contó a la niñera que contiene una máquina que hará su trabajo, todos tienen miedo de la caja.

El anciano mayordomo lleva una bandeja de plata con la gran tetera; de pronto ve a una de las barredoras sorteando apresuradamente la caja.

—¡Alto ahí! —exclama.

La mehtar*, una mujer joven vestida con un sari deslucido, lo mira con aire culpable.

—¿Por qué no barres el polvo de la caja?

—Pero, señor —susurra la mujer—, si lo hago se soltará.

—¿Quién?

—La bestia de hierro, señor.

No lo admitirá jamás, pero el mayordomo también tiene miedo de lo que contiene la caja; ha oído decir al bobajee, que a su vez lo ha sabido por el masalchee* que ha hablado con un *culi* que es amigo del *culi* del funcionario jefe de la oficina de Correos, que en la caja hay una máquina que puede andar y hablar. El *culi* ha visto cómo el funcionario la abría para comprobar que contenía verdaderamente lo que ponía en los papeles de la aduana, y contó que su jefe había soltado de nuevo la tapa con un grito y había ordenado que llevaran la caja inmediatamente al general, que en realidad no pasa del rango de mayor.

—Hay polvo encima de la caja y si no lo quitas memsahib se quejará.

—Tengo tres hijos pequeños —gime la mehtar—, el menor todavía toma el pecho.

—Si no barres la caja ya te puedes ir de aquí.

—Llevo cinco años trabajando para el general, jamás he descuidado ni un solo rincón; todos los días barro, incluso por debajo de los muebles bajos; vine a barrer el día que incineraron a mi padre y también al día siguiente de dar a luz al menor de mis hijos. ¿Qué barredora hace eso?

—Barre la caja.

—Será mi muerte, señor —solloza—. ¿No podríamos hacerlo juntos?

—Un mayordomo no barre jamás.

—Pero, señor, ¿no podría quedarse a mi lado mientras lo hago yo?

—Memsahib ha llamado. Debo acudir arriba.

La mehtar empieza a lloriquear, estruja la escoba de paja entre las manos.

—No rompas la escoba.

—¿Qué pasa aquí? —Mathilda se asoma por la barandilla y se dirige a los dos sirvientes que están parados junto a la caja.

—Nada, memsahib, nada.

—Me había parecido oír llorar a alguien.

El mayordomo de mediana edad, que ya ha trabajado para otras familias de militares ingleses y lleva medio año sirviendo a los Bridgewater, levanta la vista.

—No, memsahib, no pasa nada.

La mehtar sale corriendo del vestíbulo con la cabeza gacha y el mayordomo se arregla los pliegues del uniforme.

—Menos mal, ya sabes que no soporto que lloren. —Mathilda regresa al cuarto de los niños, donde Sita está cambiando los pañales al bebé, pero antes de entrar, exclama—: Ocúpate de que lleven la caja al cobertizo. ¡Mi marido vuelve a casa mañana para conocer a nuestro hijo Donald! —añade, poniendo especial énfasis en la palabra «hijo».

El mayordomo observa la caja que es tan alta como él y parece un ataúd en vertical. Hay unas letras escritas en uno de los laterales, pero el hombre no sabe leer. Piensa en su padre, que después de la Gran Guerra tuvo que acompañar al oficial escocés Macintosh a cazar un tigre para el zoológico de Londres. Encontrar un tigre no era tarea difícil, matarlo tampoco: Macintosh había matado más de cuarenta tigres a lo largo de su vida. Pero a ése lo querían vivo. Construyeron una jaula y le tendieron una trampa. Durante cinco días viajaron con el tigre feroz hacia Bombay, donde lo cargaron en un barco. Durante el trayecto a Bombay su padre perdió primero el dedo índice y después la mano derecha, porque Macintosh se negaba a ayudarlo a dar de comer a la fiera. El mayordomo se mira sus bonitas manos de dedos largos e incólumes.

Toda la servidumbre en pleno se ha reunido en la cocina, una edificación de piedra con el tejado cubierto con hojas de palmera. Cuarenta hombres y mujeres indios uniformados se apretujan en el reducido espacio y miran al mayordomo con caras asustadas.

—El que no se atreva ya puede irse.

Nadie se mueve. La servidumbre teme al mayordomo, todos saben que procede de una valerosa familia de Cachemira y que en un zoológico inglés hay un tigre que lleva el nombre de su padre, pero sólo sienten verdadero espanto cuando recuerdan que el general regresa a casa al día siguiente.

—Coged las varas.

El grupo se dirige a la casa armado con largas varas. El mayordomo, haciendo honor a su estirpe, les ha explicado su plan para trasladar la caja. Pondrán las varas en el suelo, con otra vara la volcarán y la transportarán hasta el cobertizo como si la llevarsen en angarillas.

—Con cuidado o despertaréis al bebé.

El mayordomo abre la puerta.

En el vestíbulo está Victor Bridgewater, con su cane* todavía bajo el brazo. A su lado están su hija Charlotte de cinco años y su esposa Mathilda con el bebé en los brazos. La caja está abierta.

—General, ¿ya está usted aquí? —balbucea el mayordomo, perplejo por no haberle oído llegar.

—Con las manos aún manchadas de sangre —ruge Victor—. ¿A qué vienen todas esas varas? ¿Así es como defendéis a mi hijo? —Se echa a reír y se vuelve hacia su esposa—. Tu compañía parece más instructiva que la mía, Tilly.

Mathilda mira con desasosiego al grupo de hombres y mujeres de piel oscura, y se alegra de que su marido haya vuelto a casa justo a tiempo. ¿Por qué les habrá dado a todos los sirvientes de pronto por empuñar una vara? Estrecha con fuerza a su hijo contra su pecho.

Victor retira la tapa de la caja.

—¿Habéis visto alguna vez un cortacésped eléctrico? —les dice.

El general está en lo alto de la escalera. Las puntas de las botas sobresalen del peldaño superior. Debajo está Sita, el ayah, con el

lloroso Donald en brazos. Junto al general está su esposa Mathilda. Charlotte, que se ha pasado toda la tarde jugando a las muñecas con Sita, se acerca furtivamente a su madre y busca su mano, que ella mantiene oculta en la falda. Con exasperante lentitud, la mano enguantada de blanco de su padre se levanta; con su bastón de oficial señala hacia la puerta donde el mayordomo aguarda con un paraguas. Todo el mundo está pendiente del bastón inmóvil. Los únicos sonidos proceden del llanto del bebé y del monótono roce de las escobas de las barredoras en el salón.

—Pero sarkar*... —susurra Sita con un titubeo mientras acaricia con dulzura al desconsolado niño—, chota-sahib* es pequeño.

El bastón parece aumentar de tamaño. Sita, con su sari desgastado, camina vacilante hacia un cochecito gris con capota y bordes de encaje sin dejar de acariciar tranquilizadamente a Donald. El bebé deja de llorar. La joven, que en realidad es una niña aún, se cambia al bebé de brazo. Charlotte lanza un hondo suspiro de alivio, sabe que Sita protegerá a su hermanito igual que hace con ella. Un trueno restalla fuera y el cielo se rasga. El pequeño rompe de nuevo a llorar. Charlotte encuentra la mano de su madre y la aprieta con fuerza, pero no obtiene ninguna reacción.

El bastón de oficial hace un ligero movimiento en dirección al cochecito y señala de nuevo hacia la puerta. Sita acomoda al bebé en el cochecito. El llanto del niño arrecia y la muchacha hace ademán de ir a sacarlo de nuevo, pero un ruido procedente de lo alto de la escalera la detiene. El mayordomo abre la puerta. La lluvia repiquetea contra las losas. Sita mece el cochecito con suavidad con la esperanza de que cese el llanto, pero sucede todo lo contrario. Un relámpago ilumina el vestíbulo y se oye un trueno ensordecedor. Es la segunda vez que Sita sale al jardín empujando un cochecito con una desconsolada criatura dentro. Cuando las primeras gotas de lluvia alcanzan la capota se detiene.

—En medio del jardín —ordena el general.

La muchacha maniobra con cuidado el cochecito por la escalera. Intenta amortiguar los golpes bruscos al bajar los peldaños, como tiempo atrás hiciera con Charlotte, pero el bebé llora cada vez más fuerte. Al llegar al camino se da la vuelta. La puerta se ha cerrado a su espalda. Desesperada, avanza por el césped mientras la lluvia se precipita con fuerza sobre ellos. Desplaza

al bebé hacia arriba todo lo que puede para guarecerlo bajo la capota y evitar que se moje, pero el fragor de la tormenta es ensordecedor. Delante de la ventana del salón aparece la imponente figura del militar que acaba de regresar de una de sus misiones, durante la cual ha aplastado sin contemplaciones a «una jauría de indígenas rebeldes», como él llama al grupo de indios disconformes. Sita se detiene en mitad del jardín. Se inclina sobre el cochecito e intenta calmar al bebé. Sabe que debe dejarlo solo, de lo contrario el general saldrá hecho una furia y ella perderá el empleo. Acaricia al pequeño una vez más y lo arropa lo mejor que puede con la sábana. La lluvia hiriente sigue cayendo con fuerza. Se retira dejando el cochecito tras de sí. Una vez fuera de la vista de la ventana se agacha junto a un eléboro. Sigue oyendo el llanto entre los truenos.

Charlotte regresa corriendo al cuarto de los niños. Por la ventana ve a Sita agazapada detrás del arbusto, no muy lejos del solitario cochecito, lista para acudir en cualquier momento. «No llores, no llores», le susurra a su hermanito. «Si no paras de llorar te dejaré fuera durante horas como hizo conmigo.»

Rampur, 1995

Nadie hablaba, todas las señoras miraban estupefactas al secretario del New Rampur Club. Aquella era la segunda vez que interrumpía su conferencia de los martes por la mañana; la primera se produjo cuando el señor Chatterjee, propietario de dos selectas tiendas de moda femenina en el centro de la ciudad y pésimo jugador de tenis, rompió el cristal de la ventana de la sala de mujeres. En aquellos instantes, el secretario volvía a estar ante ellas; se secó el sudor de la frente ante la mirada de las señoras. En el techo los ventiladores funcionaban a la máxima potencia.

—¿Está seguro? —Resonó de pronto con fuerza desde un extremo de la estancia.

El secretario asintió, sorprendido de ver quién lo había interpelado, pues la esposa de Alok Nath, el orfebre, hablaba siempre en un tono apenas audible por considerarlo más elegante.

—¿Qué pasa? —preguntó la viuda Singh, que estaba sentada junto a la esposa de Alok Nath y se había despertado sobresaltada por el intempestivo chorro de voz que había sonado a su lado.

—¡No puede ser! ¡No puede ser de ninguna manera! Si hoy mismo antes de venir al club he ido a darle una cara pieza de seda china de color rosa. —La corpulenta esposa de Nikhil Nair, el director de distrito de la Eastern Indian Mining Company se había puesto en pie y miraba furiosa al secretario—. Ha venido personalmente a mi coche para recoger la tela y el hombre estaba perfectamente.

El secretario se dirigió a la esposa de Ajay Karapiet, propietario del mayor hotel de la ciudad y de dos salas de cine.

—Fue su marido quien me avisó. Me dijo que su hija había ido al taller con una tela de brocado y que, en cuanto se la entregó, el hombre puso los ojos en blanco y se desplomó despacio, sin un suspiro.

—¿Con el brocado en las manos? —gimió la esposa de Ajay Karapiet.

—Eso no lo sé —repuso el secretario—. ¿No le ha dicho nada su marido?

—Yo también le llevé un corte ayer —terció la mujer que estaba casada con un fabricante de aceite de coco.

Las mujeres rompieron a hablar a la vez. Durante la semana anterior, todas y cada una de ellas habían llevado sus telas a Sanat el darzi*, piezas a cada cual más exquisita. Charlotte y la esposa de Adeeb Tata, el terrateniente local y primo segundo del riquísimo Ratan Tata, eran las únicas que no habían ido. La esposa de Adeeb Tata porque ya se había comprado un vestido en París y Charlotte porque aún no tenía ningún corte de tela.

—Yo debía ir a recoger el vestido pasado mañana. Todavía tengo que darlo a bordar.

—¿Es que no tiene a nadie que lo reemplace?

—¿Qué voy a ponerme ahora?

La mayoría de las señoras llevaban vestidos, o el típico salwar kameez*, a diferencia de las mujeres que frecuentaban el club los

miércoles por la mañana y que vestían exclusivamente con saris. Sus atuendos, confeccionados todos ellos por Sanat, eran muy parecidos. El sastre usaba el mismo patrón para todos los vestidos que hacía. Unos tenían manga larga y, otros, manga corta; unos el escote redondo y, otros, cuadrado. Por eso los bordados, los botones y los encajes eran tan apreciados, pues eran los aderezos los que marcaban la diferencia, además de la propia tela. Faltaba poco para el bicentenario de la fundación del club e iban a celebrarlo por todo lo alto, de ahí que todas las damas hubiesen estado tan atareadas buscando telas especiales para la ocasión. Charlotte había oído decir que algunas se habían desplazado incluso a Nueva Delhi o a Bombay para garantizar su exclusividad. Saltaba a la vista que lo que aquel grupo de mujeres de mediana edad estaba deseando hacer en aquellos instantes era salir corriendo al taller del sastre para poner sus telas a buen recaudo, pero aquello no hubiese estado bien. Deberían esperar a que se celebrase la incineración y los posteriores ritos de despedida.

El temor a que sus costosas telas pudiesen desaparecer o verse reducidas misteriosamente durante esos días no era del todo infundado. La esposa de Nikhil Nair propuso poner un guardián en la puerta, pero las demás mujeres temían que la familia del sastre fuese a tomarlo como un gesto de desconfianza. La esposa del orfebre conocía a la esposa del sobrino del sastre y propuso pedirle que mantuviese los ojos bien abiertos, pero la esposa del contratista que había presentado el proyecto para la renovación del club les dijo que el criado del sastre había tenido algún lío con la policía en su juventud; la esposa del comisario de policía no estaba enterada de ello, pero prometió preguntarle a su marido. La viuda Singh había vuelto a adormecerse y roncaba placidamente.

El especialista en uñas, que seguía delante de aquel grupo de señoras con su mano de plástico artificial —cada dedo mostraba un problema de uñas distinto—, se acercó el maletín disimuladamente con el pie. Quería irse a casa, el ventilador que giraba vertiginosamente sobre su cabeza ya no le aliviaba el calor. Paseó la mirada por las acaloradas mujeres que no se cansaban de hablar del difunto sastre y de sus preocupaciones por lo que iban a ponerse el día de la fiesta. Habría podido ofrecerles un sinfín de consejos para lucir unas uñas festivas, pero no había forma de meter

baza. Sus ojos se posaron en la única mujer europea del grupo y se preguntó cómo habría acabado en aquel club de mujeres indias; apenas quedaban ciudadanos británicos en su país, que ya llevaba libre del yugo del Raj* varias décadas. El vestido de la mujer era tan poco elegante como el de las demás, la única diferencia era que el suyo tenía cuadros escoceses donde las demás llevaban motivos florales. Estaba claro que el difunto sastre no tenía demasiado talento para diseñar y coser vestidos.

—Conozco un sastre muy bueno —dijo de pronto.

Transcurrieron unos segundos antes de que las mujeres asimilaran sus palabras y lo acribillaran a preguntas. ¿Dónde vivía? ¿Era caro? ¿Había trabajado con seda china? ¿Conocía más de un patrón? ¿De qué familia procedía? ¿Tenía máquina de coser propia? ¿Cuándo podía empezar?

—No lo conozco personalmente —balbució el especialista en uñas.

Se oyó un suspiro de decepción.

—Pero mi prima por parte de padre dice que es un maestro con la aguja. —El hombre miró al grupo de mujeres con sus vestidos desangrados—. Conoce patrones distintos y parece que no es caro, pero... —Llegado a ese punto, titubeó.

—¿Qué le pasa? —Quisieron saber las mujeres.

—Solamente acude cuando quiere.

—¿Solamente acude cuando quiere? —repitió con desdén la esposa de Nikhil Nair.

—Es... distinto de los demás darzis —añadió el hombre.

—Como los diseñadores de moda de París —barbotó la esposa de Adeeb Tata, que se complacía en mostrar que tenía más mundo que las demás.

—Sí, quizá sea algo así —dijo el hombre de las uñas mientras guardaba la mano artificial en su maletín.

Jadeante y sudorosa, Charlotte dejó la bicicleta en el cobertizo. Los rayos de sol penetraban en el interior a través de los numerosos agujeros que había en el tejado, y ella se hizo el propósito de trasladar el Lloyds y la bicicleta al cuarto del piano en cuanto empezase el monzón. Desde que se llevaron el piano de cola apenas si entraba allí. Fue hacia la casa arrastrando los pies, el

calor que la había mortificado durante toda la mañana no hacía sino empeorar; comprobó con alivio que Hema había cerrado las ventanas superiores del cuarto de los niños. En la lejanía volvió a oír el ulular de la sirena del coche de bomberos y su corazón se aceleró de nuevo. Escrutó el horizonte para avistar el humo, pero el cielo estaba completamente despejado.

En el interior de la casa las puertas, ventanas, cortinas y postigos cerrados no habían conseguido contener el calor. Charlotte encendió una luz, puso el ventilador al máximo y se tumbó en el sofá que había debajo. Le latían las piernas y tenía los pies hinchados. Ojalá Hema hubiese estado en casa, le habría llevado un balde con agua fresca, pero el mayordomo había ido a comprar al centro de la ciudad, porque en las tiendas de los alrededores no fiaban. Miró el aparador con la vajilla Wedgwood que le regalaron al casarse. El tratante que había ido a comprársela el mes pasado le había ofrecido una suma irrisoria. Al final el hombre se fue llevándose solamente el cucharón de plata, un obsequio de boda de sus padres.

Charlotte se levantó, subió cansinamente las escaleras y entró en el baño donde llenó la bañera con un palmo de agua. Se relajó en cuanto los pies tocaron el agua fría. Se observó los pies con las venas hinchadas en la vieja bañera de hierro colado. Se notaban los años de uso intensivo. Con los dedos, jugueteó con el cordoncillo negro que había atado al tapón. Se acordó de que Donald solía quitar el tapón porque creía que el cordón era un bicho. Le daban miedo las serpientes y también las arañas y los insectos. Hacía tiempo que no sabía nada de él. En respuesta a la última carta que ella le escribió por Navidad sólo había recibido una preciosa postal felicitándole el Año Nuevo, pero sin añadir ningún otro particular. ¿Seguiría teniendo molestias en la espalda? Y ¿cómo estaría su esposa de las piedras en el riñón? La fotografía de su hija, tomada mucho tiempo atrás en Disneylandia, estaba en el piso de abajo, sobre la repisa de la chimenea, aunque Charlotte apenas la miraba: las viejas fotos la entristecían.

Sonó el timbre de la puerta principal. Charlotte sacó los pies del agua, pasó descalza por el pasillo, bajó la escalera y abrió. Por un instante quedó cegada por la intensa luz del sol y tardó en ver al hombre que tenía delante.

—¿Señora Bridgewater? —preguntó con voz nasal.

Charlotte asintió.

—¿Querría firmar aquí, por favor?

Charlotte firmó a ciegas y el hombre se fue sin decir ni una palabra más. Al arrancar el coche, pisó el acelerador con tanta fuerza que levantó una nube de polvo en el camino de entrada.

Rasgó el sobre. En realidad no necesitaba hacerlo porque sabía de sobras lo que contenía, lo único que ignoraba aún era la cantidad exacta. Se puso las gafas, le echó un rápido vistazo a la cifra que figuraba debajo de la raya y dejó la carta con un suspiro en el cajón del aparador, encima de otras facturas. Cerró el cajón para abrirlo de nuevo al instante, rescató una tarjeta de visita de entre el montón de papeles, se dirigió al teléfono que estaba junto al aparador y marcó el número. Le respondieron de inmediato. Charlotte habría deseado colgar el auricular; sin embargo, dijo con su voz más dulce:

—Soy la señora Bridgewater.

Al otro lado de la línea alguien se puso a hablar muy deprisa.

—Sí, la casa grande que está en lo alto de la colina —repuso Charlotte—. Pásese por aquí cuando tenga tiempo.

A bordo del King of Scotland, 1936

Mathilda está en el muelle y saluda a su hija Charlotte, que está apoyada en la barandilla a mucha más altura. La pequeña no le devuelve el saludo.

—¡Te escribiré todas las semanas! —le grita su madre.

Charlotte aprieta los labios.

—No abras el regalo hasta el día de tu cumpleaños, ¿me lo prometes?

La caja que su madre le dio en el último momento está en su camarote, encima de la cama, con el papel rasgado. La muñeca con

pelo natural y un vestidito blanco ha sido arrojada a un rincón con tanta fuerza que se le ha roto la cabeza. Se oye la sirena del barco, y de la chimenea sale una densa nube de humo negro.

Charlotte nota que el barco se pone en movimiento. Se aferra a la barandilla con las dos manos y mira a su madre que la saluda con vehemencia. No alcanza a oír su voz, la sonora bocina emite su saludo.

—¡Ah, estás aquí...! —Una señora mayor se acerca a ella con una bufanda en la mano—. ¿Dónde te habías metido? No te encontraba por ninguna parte, no quiero que salgas de tu camarote sin mi permiso. —Pone la mano sobre el hombro de Charlotte que, encerrada en su mutismo, sigue mirando a su madre a lo lejos—. Puedes llorar si quieres, todos lo hacen la primera vez; he acompañado a niños que incluso han intentado saltar por la borda, pero a éstos el capitán los encierra en un cuarto del sótano del barco y no los deja salir hasta que hemos perdido de vista Bombay. —La mujer saluda con la bufanda. Charlotte ve que su madre saca un pañuelo y vuelve a saludar con más fervor—. Puedes llamarme tía Ilse. Saluda, ¿es que no ves que tu madre también te está saludando? En las despedidas hay que saludar. ¡Vamos, saluda!

Charlotte se aferra a la baranda, la bocina suena en señal de despedida y el barco empieza a alejarse. A su alrededor los demás pasajeros gritan: «¡Hasta pronto! ¡Adiós! ¡Hasta el año que viene!».

La mujer a la que puede llamar tía Ilse deja caer el brazo.

—Si tú no saludas, yo tampoco, ni siquiera conozco a tu madre; anda, ven, vamos a comer algo. —Se dirige al comedor, pero Charlotte permanece junto a la baranda—. Si vas a pasarte todo el viaje así, le diré al capitán que te encierre en el sótano.

Charlotte suelta la baranda y echa a andar detrás de tía Ilse. Mathilda se queda llorando en el muelle.

Fuera está oscuro, Charlotte abre la puerta y mira por el pasillo. No hay nadie. Sale del camarote deprisa. Lleva un paquete en la mano. Corre hacia la escalera y empuja la pesada puerta que da al exterior. La cubierta de paseo está desierta. Todo el mundo está en la sala, pero tía Ilse no le ha dejado ver la película que

están proyectando. Pegada a la barandilla va hasta la popa, donde ondea la bandera inglesa. Hoy es su cumpleaños. En el desayuno, las personas sentadas a su mesa le han cantado *Happy Birthday*. El cocinero le ha traído un pastel con seis velas que debía apagar de un solo soplo, lo ha conseguido; la tía Ilse le ha dado una bufanda que llevaba en su maleta y después de la cena le han dejado ver la timonera, pero a Charlotte no le ha gustado porque el capitán también se hallaba presente y temía que la encerrase en el sótano del barco si hacía algo indebido. Agarrando el paquete fuertemente contra su pecho deja atrás las sillas de cubierta. Hay dos marineros fumando junto a una escalera, pero no la ven. No hay nadie en la cubierta de popa, se asoma por la borda. Debajo está el mar espumeante. El agua se ve blanca y a la luz de la luna atisba la estela que van dejando atrás.

—¿No deberías estar en la cama?

Charlotte se sobresalta. Detrás de ella hay un señor, los cabellos negros se agitan al viento.

—¿O es que te daba miedo la película?

Charlotte niega con la cabeza.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Ganesh, me llamaron así por el dios de la cabeza de elefante, por suerte no tengo una trompa tan grande —dice, y se echa a reír.

—Me llamo Charlotte Elizabeth, como mi abuela que está muerta.

—¡Qué pena! ¿La echas de menos?

—No. Nunca la he visto.

Ganesh se arrodilla a su lado y juntos contemplan el mar. Una gaviota se lanza en picado y saca algo del agua.

—Ella y mi abuelo atravesaron una montaña con nuestro gran reloj de pie, entonces a ella se le infectó el pie porque hacía mucho frío y no podían pararse a descansar, tenían que seguir, el pie se le puso muy negro y se lo tuvieron que quitar para que no muriese, aunque al final se murió de todos modos, pero mi abuelo no lloró.

—Tienes una familia muy aventurera, yo no puedo decir lo mismo de la mía, que lleva siglos viviendo en el mismo pueblo a los pies del Himalaya. Soy el primer miembro de mi familia que va de viaje.

—¿Por qué?

–Me han dado una beca para estudiar en Inglaterra. Podré ser ingeniero.

–Yo también tengo que ir al colegio. A un internado, porque tengo seis años.

–¿Ya eres tan mayor?

Charlotte asiente con vehemencia.

–Viajo sola. Y yo tampoco he llorado –afirma con rotundidad.

–Eso está muy bien. Yo sí he llorado.

–¿Tu padre te deja?

–No, pero lo he hecho a escondidas.

–¿Solo?

Ganesh asiente con la cabeza.

–Yo también lloro algunas veces cuando estoy sola, pero nadie lo sabe –dice Charlotte en un susurro.

–No se lo diré a nadie –musita Ganesh y se cierra la boca con una llave imaginaria.

Charlotte se echa a reír.

La risa desaparece de su rostro. Aprieta de nuevo el paquete contra su pecho y mira el mar.

Ganesh espera.

–Tiene que desaparecer.

–¿Quién?

Charlotte abre el envoltorio que contiene la muñeca con el cuello partido.

–¿Quieres arrojarla al mar?

Charlotte hace un gesto afirmativo.

–La tía Ilse ha dicho que si me muero en alta mar me pondrá en una tabla y me arrojará al agua o de lo contrario empezaré a apestar y los demás se pondrán enfermos.

–Pero podría repararse, ¿no?

–No.

–¿Quieres que lo intente?

–No.

–¿De verdad?

Charlotte niega con la cabeza, pero le alarga la muñeca a Ganesh, que la toma de sus manos con cuidado.

–¡Qué muñeca tan linda!

–Es una muñeca tonta.

–Tiene pelo natural.

—Es tonta.

Ganesh observa la muñeca rota.

—¿Quieres que intente arreglarla?

Charlotte guarda silencio.

—Si no lo consigo, mañana la arrojaremos al mar los dos juntos con una tabla de verdad. Pero si puedo arreglarla le darás un nombre. Un nombre muy bonito.

—¿Y qué nombre es bonito?

—*Khushi*, por ejemplo, significa «felicidad».

Paso de Khyber, 1901

Está asustado. Muy asustado. William Bridgewater, el joven y ambicioso constructor de carreteras, hijo de una familia de maestros en Ipswich, ha cometido el error de su vida. Se ha enamorado de Elizabeth Charlotte Elphinstone, la hija del acaudalado director del New Indian Railway, y ella de él. No están simplemente enamorados, están terriblemente enamorados. Hace ya más de medio año que aprovechan la menor oportunidad para verse a escondidas en el jardín de la casa de ella. El jardín está cercado por un muro, pero en la parte posterior, entre los arbustos, hay una pequeña brecha que William ha agrandado. A Elizabeth no le permiten salir sola de casa porque su padre teme a los miembros de la tribu Afridi, que siguen mostrándose reacios al plan británico de tender una línea de ferrocarril que atraviese las montañas. Ayer por la tarde, cuando la primera nieve de la temporada cubrió las tiendas de los obreros, Elizabeth Elphinstone le mostró su vientre a través de la brecha del muro y le confesó que está embarazada.

William no ha podido pegar ojo en toda la noche. La tienda que comparte con otro ingeniero se halla en un extremo del campamento. Después de desayunar, les ha escrito una carta a sus padres

en la que les dice que va a emprender un largo viaje. Tras echar la carta en la caja pintada de rojo que hace las veces de buzón, ha informado de que se ausentará unos días por asuntos de negocios. Sale del campamento con una maleta. Una vez fuera se interna entre los arbustos por el sendero que conduce a la casa de Elizabeth Elphinstone. No quiere que nadie lo vea cargado con la maleta.

Junto a la brecha del muro ve a un chico con un reloj. William se asusta. ¡Durante todos esos meses ha conseguido burlar al posesivo padre de Elizabeth y precisamente ahora tienen que descubrirlo!

El chico reconoce a William y levanta la mano.

Al acercarse más se da cuenta de que se trata de Elizabeth.

—¿Estás lista?

Ella asiente.

—¿No te arrepientes?

Ella niega con la cabeza, un tirabuzón se escapa por debajo del recio gorro que lleva puesto.

William vuelve a ocultarlo debajo del gorro y le acaricia la mejilla.

—Venga, vamos.

Elizabeth le señala el reloj.

William la mira perplejo.

—Es lo único de valor que poseo.

—¡Un reloj! ¡Pero no podemos llevarnos un reloj de pie!

—Me dijiste que podía llevarme mis objetos de valor. Este reloj es un regalo de mi abuelo.

—¿No tienes algún collar o un anillo?

Elizabeth niega con la cabeza.

—Sólo tengo este reloj. Y mi vientre.

William mira desesperado el reloj, que es más alto que la propia Elizabeth.

—Si mi reloj no viene, yo tampoco voy —dice ella resuelta.

—Pero ¿cómo?

Ella señala hacia la brecha. William atisba una bicicleta entre la vegetación.

—Se ha quedado atascada —dice Elizabeth.

—Pero esa bicicleta es demasiado pequeña para un reloj así.

—Es una bicicleta doble. Un tándem.

William tira de ella, un trozo del muro se rompe con un golpe seco y él se cae de espaldas en la nieve con el tándem encima.

La tapa con la manta. Está oscuro y hace frío. El viento helado levanta cada vez más nieve de la ladera de la montaña.

—¿Tienes hambre?

Elizabeth asiente. William se saca una chocolatina del bolsillo del abrigo. Parte un trozo y se lo da. No hablan. Están demasiado cansados y ateridos. William besa a Elizabeth tiernamente en la boca y ella le devuelve el beso. Sus gélidos labios saben a chocolate. Se acurrucan más el uno contra el otro.

—Si pudiéramos encender un fuego —susurra Elizabeth.

William le señala el reloj, que sigue atado en la bicicleta con dos cuerdas.

—No, el reloj no, es para Victor.

—¿Victor?

—Así es como se llamará —dice ella mientras se pone la mano en el vientre.

Aún está oscuro. William va tirando del manillar mientras Elizabeth empuja por detrás; a la izquierda está el reloj, a la derecha, la maleta. William quiere haber dejado atrás Fort Maude antes de que claree el día. Todo está tranquilo desde que los hombres de la tribu Afridi le pegaron fuego al fuerte y el ejército británico se retiró de allí, pero William no las tiene todas consigo. Ante ellos divisan la cumbre del paso. Elizabeth va tarareando canciones de cuna y William da gracias al Señor por haberle dado a una mujer como ella. Cuando esa noche lleguen a Jamrud, se encargará de que Elizabeth tenga un baño caliente y una cama confortable. Se encargará de que no le falte de nada a la futura madre. Conoce un hotel donde se come muy bien.

Empieza a nevar de nuevo. El viento lanza los molestos copos, cada vez con más violencia e intensidad, por la vertiente de la montaña. Siguen caminando sin cruzar palabra, entre los dos llevan el tándem cargado con el reloj y la maleta.

La nevasca arrecia al llegar al paso. Avanzan penosamente. Cada dos por tres, la bicicleta se queda atascada en la nieve. La empujan con las fuerzas extenuadas. Hacen una parada y mientras Elizabeth procura entrar en calor, William tensa las cuerdas del reloj y de la maleta.

—El reloj es el futuro —le susurra ella al oído.

Es madera para quemar, piensa él.

En lo alto del paso, donde el viento helado ha arrastrado toda la nieve del camino, intentan montar en la bicicleta, pero con el reloj y la maleta encima es imposible.

Jampur, 1901

Elizabeth Elphinstone yace postrada con fiebre muy alta en la pequeña buhardilla de la casa de un anciano calderero que no habla ni una sola palabra de inglés. Después de pasar tres noches en un hotel, donde el propietario se mostraba cada vez más curioso, William ha encontrado a alguien dispuesto a ayudarlos. El cuarto es pequeño y no tiene ventanas, pero están a resguardo y calientes.

Elizabeth lleva varios días sin comer. Sólo toma té y la sopa que le da William. El reloj está en un rincón del cuarto. William lo odia. Si no hubiese sido por su culpa hubiesen cruzado el paso mucho más deprisa y Elizabeth no habría caído enferma. El reloj suena dos veces. William acerca la cuchara con la sopa tibia a la boca de Charlotte. De pronto a ella se le crispa el semblante.

—¿No quieres más sopa?

Charlotte niega con la cabeza e intenta decir algo.

William acerca la oreja a su boca.

—Ya viene.

—¿El qué?

—El bebé.

William la mira con incredulidad. Elizabeth asiente débilmente. Él se pone en pie de un salto y sale a buscar ayuda, pero antes de llegar a la puerta se vuelve y regresa corriendo junto a la cama.

—¿Qué necesitas?

—A ti.

—Pero yo no tengo ni idea de cómo traer niños al mundo, voy a preguntarle al dueño de la casa si tiene alguna hermana, a su madre o alguien que sepa de criaturas.

—No me dejes sola.

—Debo ir a buscar a alguien. Yo no sé qué hacer.

El rostro de Elizabeth se tuerce en un gesto de dolor. William sale corriendo del cuarto, baja la escalera, cruza el patio, franquea la puerta y sale a la calle. Ve a unos hombres vestidos con largos abrigos. Ni rastro de una mujer. Corre hacia otra calle, mira por los pasadizos y portales. Sólo ve hombres por todas partes. Regresa corriendo a la casa. En el patio, llama a la puerta del dueño. El hombre de barba larga y pelirroja le abre. Lo agarra de la manga y tira de él escaleras arriba. Elizabeth yace en el lecho, gimiendo débilmente. William le señala con desespero el vientre abultado.

La mujer lleva un largo vestido negro y un pañuelo en la cabeza. Se inclina sobre Elizabeth después de haber echado a William del cuarto. El dueño de la casa va subiendo cubos de agua caliente. William los mete en la habitación, pero la mujer lo echa de allí inmediatamente después. Se sienta en el último escalón y oye los débiles gritos de Elizabeth.

El reloj da las nueve. La mujer sale del cuarto, tiene las manos manchadas de sangre. William se precipita al interior. Sobre la cama Elizabeth está inerte en un charco de sangre. Sobre su vientre hay un niño ensangrentado, unido aún a su madre por el cordón umbilical. Los ojos no miran al bebé sino a la mujer a cuyo lado pensaba envejecer, la mujer que deseaba cuidar durante el resto de su vida. Lo sabe inmediatamente. Todo se ha acabado. Elizabeth lo ha abandonado. Sale del cuarto, a su espalda oye cómo el bebé rompe a llorar.